



*Las desgracias  
nunca vienen solas.  
Después de mi marido,  
murieron los gemelos,  
de escarlatina.*

A fines de aquel verano, Eulalia —yo siempre dije que era igual que su padre— nos hizo la faena: se marchó con un belga que había conocido en la playa y jamás volvimos a tener noticias de ella. Le dije a Eugenio, su marido, que, por mí, era como si mi hija hubiera muerto. Y así se lo contamos a la pequeña Nuri: que a su madre se la había llevado el mar un día de temporal y no la habían encontrado. Para que pudiera andar siempre con la cabeza muy alta.

En este pasaje se encuentra el punto de unión de las tres historias, tristísimas historias, que narra Nuria Pompeia en su reciente libro «Y fueron felices y comieron perdices». En el dibujo que ilustra las frases que he transcrito aparecen los tres personajes centrales: de riguroso luto, la abuela, modista sin gloria, viuda de un hombre bueno, cordial y un poco tonto que una noche, bebido y sin darse cuenta de lo que hacía, o tal vez para hacerse el interesante, saltó por la ventana del comedor y dejó, arriba, mujer y siete hijos. Eulalia, su hija, en actitud de marcharse con un belga hacia un exilio político y humano que no podrá remediar las tribulaciones de la condición femenina. Y Nuri, la niña, sentada en su sillita junto a la abuela, a la cual espera la vida sin esperanza del mamífero de lujo en el hogar de un industrial adinerado y complaciente.

Los lectores de TRIUNFO conocen a Nuria Pompeia por su serie «Las Metamorfosis», publicada en estas mismas páginas hace algún tiempo. Su primer libro, «Maternasis», editado en 1968 simultáneamente en España y en Francia, revelaba ya una dibujante sensible de una fuerte personalidad que aportaba una visión originalísima del mundo triste y mínimo, aunque supuestamente maravilloso, de la mujer española. «Maternasis» era un libro tremendo, difícilmente digerible para el estómago de las convenciones nacionales. Página tras página, su autora se com-

*nuria pompeia:*

## EL INFORTUNIO DE SER MUJER

placía en desmentir el hispánico mito de las sublimidades de la maternidad y mostraba aquellos de sus aspectos que más pudieran hacer resaltar las miserias de la condición femenina, a través del prisma de un humor agridulce.

En el libro que acaba de aparecer, Nuria Pompeia continúa dentro de su línea subversiva. Aun cuando, desde hace dos o tres años, un nuevo periodismo constructivo y optimista viene dando cuenta de la existencia de «una España real» al margen de y a veces en contradicción con «la España oficial», sin embargo, resulta todavía subversivo narrar vidas que no estén en consonancia con los patrones establecidos para un pueblo tradicionalmente considerado menor de edad. Cuando se trata de la mujer, este proteccionismo alcanza ya niveles espectaculares. La arraigada creencia de que «madre no hay más que una» ha sido el condicionante fundamental de esta política restrictiva que en el campo

*Eulalia se marchó  
con un belga.  
No se lo dijimos a la niña  
para que pudiera andar  
con la cabeza muy alta.*





*Nuri se casó  
con el hijo único  
de un fabricante.  
Su suegra  
la quería como una hija.*

intelectual había de tener su formulación en la sentencia: «Ellas no hace falta que sean sabias, basta que sean discretas». De ahí que cuando, años después, surgió entre nosotros la muchacha desprendida, poco dispuesta a aceptar el reparto de papeles de la tragicomedia española, el país se lamentara diciendo: «Esperanza, Esperanza, tan graciosa, pero no eres buena». Esperanza no tenía corazón, no era «una chica para casarse con ella». «¿Para qué; para que luego te la juegue? No, hombre, no». Entonces se descubrió la diferencia que existe entre «una chica para casarse» y «una chica para salir». El verbo «salir» era, desde luego, un eufemismo para otro verbo reclamente carpetovetónico, y el «test» supremo de «una chica para casarse» era que esa chica fuera «como tu madre» que, como se sabe, no hay más que una o, al menos, «como tu hermana». El hecho de que, en años posteriores, se haya deteriorado sensiblemente el esquema inicial no significa que ese esquema haya sido abandonado. Han aparecido nuevas y más sutiles formas destinadas a mantener la tradicional pequeñez del horizonte femenino, a confirmar la vigencia de la virtud de la abnegación, cosa que, por otra parte, no resulta difícil en un país tan universalmente poblado de mujeres en precarias condiciones de convivencia matrimonial y de asistentes y camareras, «empleadas del hogar» y señoras de los lavabos, madres de cinco hijos sin piso y modistas con marido «sinvergüenza». Y luego, la legión de basureras, traperas, porteras, costureras e incluso carboneras..., oficios todos ellos que requieren el continuo ejercicio de abnegadas virtudes.

Esta es la razón por la cual el libro de Nuria Pompeia tiene el carácter de una denuncia. El mundo de la abuela, mundo ínfimo y desolado, que recuerda o, más bien, confirma el de «La calle de las camelias» de Mercè Rodoreda, narra las tribulaciones de una mujercita barcelonesa asistida por el inconmensurable don del

sentido común o «seny» de la raza. Las locuras de Eulalia, su hija, que se escapa con un belga después de casada y se hace progresista, se desprenden como una consecuencia lógica de la ahogada atmósfera en que ha vivido. Dos de sus siete hermanos se han hecho sacerdotes y a lo largo de su historia asistimos a una cadena ininterrumpida de partos, desgracias, muertes y entierros que se representan, en los dibujos de Nuria Pompeia, con salomónicas carrozas y celtibéricas coronas de flores. Eulalia, fracasada su aventura intelectual en favor de las reivindicaciones femeninas, perderá, por defender sus ideas, la fortuna que había llegado a obtener al casarse con su jefe, el cual muere ocho días después de su matrimonio de un infarto de miocardio, y terminará su vida formando parte de una pequeña banda de ancianos sufragistas en algún país de Europa. La nieta, finalmente, la pequeña Nuri, se casará con el hijo único de un fabricante (probablemente de tejidos) y quedará incondicionalmente a las órdenes de su suegra, dama de ópera y ropero, y, posteriormente, el carácter algo olvidadizo de su esposo la lanzará a una serie de aventuras con estudiantes de Bellas Artes, cirujanos, financieros, urbanistas, cónsules, rejoneadores, un vasco que se llama Josechu, presidentes de clubs de fútbol y el locutor Ramón. Todos estos amores, sin embargo, no son suficientes para calmar sus aspiraciones de comprender algo en esta vida y, finalmente, Nuri se arroja como su abuelo por una ventana, aunque por fortuna no se mata, sino que queda tullida para toda la vida. La historia termina cuando la suegra, que la quiere como a una hija, promete llevarla a Lourdes. Nuria Pompeia, que pertenece a la generación intermedia, a la generación pionera de las mujeres españolas emancipadas de la posguerra, escribe y dibuja con rabia, con la rabia que se siente ante el infortunio de ser, aquí, mujer. ■ LUIS CARANDELL.

*A los ocho días  
del matrimonio, el antiguo  
jefe de Eulalia la dejó  
viuda, como consecuencia  
de un infarto de miocardio.*

